

AGENDA CIUDADANA

LOS ESTUDIANTES Y SUS PROTESTAS

Lorenzo Meyer

El Conflicto.- Se acaba de cumplir el décimo aniversario de la matanza que tuvo lugar en Pekín, en la plaza de Tienanmen, cuando el Ejército Popular de Liberación acabó a sangre y fuego con una protesta encabezada por los estudiantes universitarios y que ya duraba cincuenta días. En el momento cumbre de esa movilización, un millón de personas se congregaron en un desafío pacífico pero abierto y sin precedente a la élite gobernante de un sistema totalitario. Veintiún años atrás, México había experimentado un fenómeno parecido. Hoy, cuando la mayor universidad mexicana ha vuelto a ser escenario de un movimiento de protesta que no acaba de resolverse –y que se ha alargado tanto como el chino--, vale la pena aprovechar el aniversario para intentar algunas generalizaciones sobre las protestas estudiantiles en este siglo. Tales protestas tienden a ocurrir en estructuras políticas, sociales y culturales con obvias fallas de institucionalidad o de legitimidad y las explosiones estudiantiles indican que algo grave sucede no sólo en la universidad, sino en el sistema mayor del que ésta es parte y reflejo.

En Tienanmen los civiles desarmados no tuvieron ninguna oportunidad contra un ejército calificado de popular que obedeció la orden de disparar contra masas desarmadas. Se calcula que el 4 de julio de 1989 en la plaza misma perdieron la vida alrededor de 300 personas, a las que hay que agregar las muertes que ocurrieron en otros lugares, los desaparecidos y los ejecutados posteriormente más los sentenciados a prisión. La trágica forma en que concluyó la demanda estudiantil por “democracia y

libertad” en China, fue y sigue siendo registrada por los medios internacionales de información en una actitud que contrasta notablemente con el silencio con que esos mismos medios cubrieron en su momento la matanza mexicana del 68. Las razones de un tratamiento diferente a un problema similar son, al menos dos: la importancia relativa de ambos países –China es una gran potencia y México no— y, sobre todo, que la protesta antiautoritaria de los estudiantes mexicanos puso en entredicho a una estructura de poder que los Estados Unidos y sus aliados consideraban útil en tanto que los estudiantes chinos se enfrentaron precisamente al adversario histórico de los norteamericanos: al poder comunista.

Independientemente de las muchas diferencias entre Tlatelolco y Tienanmen, lo que une a las dos plazas con tantas otras protestas universitarias en el siglo XX -- desde las nacionalistas de los chinos en 1919, pasando por las norteamericanas y europeas de los años sesenta contra la guerra de Vietnam y la esclerosis burocrática, hasta llegar a las recientes de Indonesia que empujaron al basurero de la historia a la brutal dictadura de Suharto--, es el desafío y condena a estructuras de autoridad ineficientes, injustas, ilegítimas y, sobre todo, corruptas.

Una Historia Antigua.- El origen de las universidades actuales –comunidades permanentes de académicos y estudiantes-- se encuentra en la Europa del siglo XII – Boloña, París, Padua, Oxford, Salamanca, etcétera. Prácticamente desde el inicio, el desarrollo de esas instituciones ha sido acompañado por la dualidad dependencia-conflicto en su relación con la autoridad. Los motivos de los muchos choques que han alterado la rutina de la vida universitaria --que consiste básicamente en la creación y transmisión del conocimiento--, han sido de muy diversa índole pero los más serios y

profundos resultaron de la confrontación de esas comunidades con el poder político: iglesia, rey, gobierno o partido.

El proceso intelectual que tiene lugar en las universidades es contradictorio. Por un lado, prepara a una élite de jóvenes para desempeñar tareas relativamente complejas de producción, administración e innovación que toda sociedad moderna requiere para su reproducción –por ejemplo, las decenas de empresas que se establecieron en el “Valle del Silicón” para desarrollar la industria de la computación, lo hicieron, en parte, por la proximidad de las universidades de Berkeley y Stanford. Por otro lado, las universidades, especialmente después del Renacimiento y la Ilustración, son lugares donde, en principio, el cuestionamiento de las verdades vigentes en cualquier área del conocimiento no es sólo permitido sino alentado. En la práctica, ese dudar sistemático no siempre es bien visto por el “establecimiento” académico, pero es un hecho que incluso en las sociedades “cerradas”, es en el *campus* donde hay la mayor libertad relativa de pensamiento.

Hoy, las universidades le son necesarias al poder y a las fuerzas económicas dominantes porque ahí se preparan los cuadros dirigentes y administrativos y de ahí surgen algunas de las innovaciones tecnológicas más importantes. Sin embargo, esas mismas universidades suelen resultar molestas o francamente subversivas cuando enfatizan su vocación por la duda. La relación entre Sócrates –el sembrador sistemático de la duda como forma de adquirir conocimiento-- y sus discípulos, terminó por despertar la ira de los líderes de Atenas que decidieron silenciar al filósofo condenándolo a muerte por impío. Esa confrontación entre el conocimiento y el poder de hace 2, 400, años simboliza y resume la contradicción entre las esencias de la

universidad y la política. Por ello y para poner sólo un ejemplo actual y cercano, en la Argentina de los militares, el poder se dedicó a dismantelar las instituciones de enseñanza superior, particularmente en el área de las ciencias sociales y las humanidades, por considerarlas peligrosas. Debido a que ninguna estructura social, económica o política es perfecta, resulta que todas pueden ser sometidas a la crítica del pensamiento libre, cuando lo hay. Por tanto, entre menos sólido, eficiente, justo y legítimo sea el orden existente, más expuesto a la crítica de quienes se dedican a examinar lo presente en función de lo posible y menos cómodo le resulta a ese orden un espacio donde efectivamente se combinen la libertad de cátedra y la imaginación con la reflexión sistemática.

Los estudiantes.- Al estudiante universitario se le considera, y no sin razón, un privilegiado que, gracias a los recursos de quien sostiene la institución académica --y que pueden ser públicos o privados— tras obtener el título va a poder mantener o aumentar su nivel de vida y status social. Por tanto, se señala, su deber es someterse a la disciplina institucional y aprovechar al máximo la oportunidad que se le brinda: la de adquirir el conocimiento teórico más avanzado en una de las áreas del conocimiento para luego ponerlo en práctica mediante el ejercicio de la profesión y, en el proceso, capitalizar los años pasados en las aulas.

En la práctica, y en contraste con la teoría, en países como el nuestro, la preparación académica o el empleo o ambos, no corresponden a las expectativas económicas y de prestigio del estudiante; con frecuencia el título universitario termina por ser más un motivo de frustración que de satisfacción. En ese tipo de ambientes, y en la atmósfera crítica de la universidad, el joven que acaba de dejar atrás la

adolescencia, tiene la posibilidad de vislumbrar y comprender --muchas veces por primera vez--, aunque sea de manera parcial y distorsionada, el ancho, complejo y ajeno mundo al que debe enfrentarse para construirse un lugar y una identidad propios. Es entonces cuando puede advertir que los dados con los que se va a jugar su futuro no son los que suponía sino que ya están cargados. Comprueba que las reglas que efectivamente rigen los intercambios sociales no corresponden, ni de lejos, a las que se le dieron a conocer en los libros de texto escolares o en los discursos cívicos. Que el derecho es, en suma, el revés.

Para los estudiantes mexicanos del 68 o de hoy día, como para los chinos de 1989 o para los indonesios de 1998, resulta evidente que el mundo político y social que les rodea es uno donde la corrupción desborda por todos lados; donde la astucia, la falta de escrúpulos y las conexiones políticas y no el conocimiento y la integridad, son la clave del éxito personal en caso de que lo haya; donde al ciudadano común y corriente le es imposible llamar a cuentas a sus gobernantes; donde la oligarquía del Partido Comunista Chino (PCCH) y sus hijos, amasa enormes fortunas a través de una privatización que deja las ganancias en manos privadas y las pérdidas en manos del Estado; donde, en Indonesia, Suharto y su familia, tras 32 Años en el poder, han resultado poseedores de una fortuna de 15 mil millones de dólares (*Times dixit*). Finalmente, uno donde, en México, por la vía de una carrera política dentro del PRI un antiguo profesor rural pudo amasar una de las mayores fortunas del país (“un político pobre es un pobre político”) y es defendido por el propio presidente; uno donde gobernadores notorios por su corrupción son declarados inocentes o simplemente desaparecen sin dejar rastro de ellos y de sus fortunas. En realidad, son cientos los

ejemplos de presidentes municipales, gobernadores, generales, gerentes de empresas estatales, ministros, secretarios particulares, líderes sindicales y, desde luego, presidentes y sus parientes, con fortunas inexplicables en función de su salario como servidores públicos. Y exactamente lo mismo se puede decir de empresarios y banqueros; en un sexenio se puede ser “ejemplo de empresario exitoso” y al siguiente prófugo de la justicia por fraudes millonarios y contribuciones igualmente millonarias a las arcas del partido de Estado. FOBAPROA dejó al descubierto una red de complicidades que, como en China, permite que las ganancias sean privadas pero las pérdidas se hagan públicas sin que nadie sea castigado. La gran concentración de capital hace que cada vez sean menores las oportunidades para que un joven titulado pueda, con base simplemente en su trabajo, convertirse en miembro del selecto grupo de “capitanes de industria”. Todo lo anterior y más es evidente para cualquier universitario mucho antes de concluir sus estudios, como evidente es su disyuntiva: aceptar y hacer suyas las reglas reales o desafiarlas.

Las Causas Formales y las Reales.- Las razones formales que llevaron originalmente a los estudiantes chinos a enfrentarse al poderoso PCCH fueron azarosas: el lamento por la muerte de Hu Yaobang, Secretario General del PCCH, y destituido en 1987 precisamente por su cercanía con intelectuales reformistas. En México, en 1929 el choque de la clase media universitaria con el callismo se originó en la oposición a un nuevo sistema de evaluación y en la demanda de participación en el Consejo Universitario y en el nombramiento de autoridades. En 1933 la bandera estudiantil para su nueva confrontación con el gobierno fue la demanda de libertad académica. En 68 la chispa que inició el incendio fue la rudeza innecesaria de la

policía capitalina contra un desorden estudiantil sin mayor contenido político. Hoy, el motivo es la oposición a la eliminación de la educación pública superior gratuita. En suma, las razones concretas son siempre distintas y algunas veces secundarias, pero en casi todos los casos las razones de fondo son muy similares: la frustración y la indignación moral que nace de la impotencia frente a un juego del poder y la riqueza muy cerrado; la desilusión frente a la carencia de contenido de términos tales como: legalidad, derecho, deber, patriotismo, justicia, equidad, libertad, democracia; de la grisura física y moral del mundo que espera al graduado más allá del *campus*.

A veces la protesta es exitosa y desemboca en cambios no sólo universitarias sino globales, como en Indonesia, donde la acción estudiantil desencadenó un proceso que llevó a elecciones libres después de más de cuarenta años y a la derrota del equivalente al PRI en ese país. A veces tiene resultados ambiguos; en China, la crisis del 89 llevó a la concesión de la libertad económica para la clase media, pero no de la política. En México, el 29 o el 33 desembocaron en reformas universitarias pero sin tocar al sistema mayor y el 68 sigue sin resolverse. En suma, si las formas y resultados de la protesta estudiantil son diversos no lo son sus raíces profundas, que se pueden resumir así: la falla política y moral de la clase política.